

PROCUMBIR

[DEL LIBRO *50 RELATOS DE AMOR Y MUERTE*]

© Alberto Omar Walls

- Procumbir...

Procumbir, dijo por lo bajo el viejo portugués afincado desde hacía muchos años en la isla. Una palabra tan hermosa debería anunciar el dejar de existir, marearse al andar, ir desfalleciendo poco a poco, dejar la vida y la forma...

Quedó boca abajo el viejo. La nariz chata contra el suelo. El rostro pálido, las manos sobre la espalda y la barriga anclada en un pequeño charco de lluvia. La sequía se había alargado dominando todo el archipiélago, pero ya cercano diciembre gruesas y abundantes gotas de lluvia se avinieron desde las nubes a la tierra humedeciendo, aún con superficial caricia, el rostro de la ciudad. Pero indebidamente no siempre cae donde mejor y más agradecido podía ser su destino. Los campos secos, llenos de vendavales, aires venidos de un sur inhóspito, bravo, macho e hijo de volcanes, aunque la ciudad húmeda y marinera...

Era ya diciembre y soledad. Fue un martes y en los martes no se perdona al viejo, al enfermo, al nonato, a la ciega o a la preñada... Los martes, se sabe por historias ancladas en las memorias, es día de obras capitales, de hecatombes, de divinidades, de arcanos, de realización de los amores imposibles

y hasta de retruécanos de las brujerías de montañas arriba.

El viejo se había estado haciendo llamar Guimarães Montalegre. Llevaba durante muchos años en la isla vendiendo y comprando chucherías que los niños le compraban. Nadie le conoció familia ni de dónde vino, aunque decían que había nacido con el siglo.

- ... geração de hombres novos e idealistas a que tengo a honra de pertenecer...

Su vida, también decía el llamado Guimarães, había sido como un trágico jogo das escondidas. Y es posible que así fuera, pues los niños gustaban mucho de oír sus amores y palabras. Un caramelo para cada uno y unos versos para el auditorio. Hablaba con su mezcla de lenguas. Nunca había osado olvidar su lengua madre. No era torpeza, era amor. Era portugués, con la misma sangre que un español o un italiano. ¡Cómo se van a comparar a nosotros los suizos! ¡Envidias de nuestros temperamentos! Se podía ser políglota, pero nunca perdiendo el gen placentario del acento idiomático...

A veces sus peroratas resultaban mezclas y remezclas de palabras de cien latitudes, aunque siempre con su acento portugués; otras, lo más puro de su idioma salía de sus labios hecho verso. Tenía sus preferidos. Uno de sus poemas más amado era un soneto de Eno Teodoro, *un niño cuando...* ¡uf!, y se echaba a reír mientras movía su mano derecha significando un mucho de años.

Y había empezado esa tarde a recitar el soneto *Os Reis Magos*. Se le había metido en la sesera. Fue en la taberna de don Pancho, cerca de la antigua Plaza de La Constitución, cuando decía:

-Os reis magos venciam a negrura da indecisão, na busca à luminosa estrela de un ideal...

Primero por lo bajo, como quien reza, luego casi al canto. En la mano izquierda un vaso de vino tinto.

- De color de rubí, diría Omar K'aayyam; bon vin, Berceo...

Y exclamaba ¡*vin!*, levantando el vaso en la mano, peligrando su contenido con el tembleque de sus casi noventa años.

- Estrela de um ideal que não se entrosa ao mundo aflito e mau onde fulgura.
O criador tornado criatura,
a carne palpitante e cor de rosa,
levava-os a correr à venturosa estrada das angústias da procura.
Era un sonho, tecido em fios de lenda,
o sonho que os guiava àquela senda de um Deus gerardo em ventre de mulher...

Y repetía o a su canto o a su rezo *Ventre de mulher...* Un nuevo trago de la podrida vid le pudo dar arranque para el último terceto: *Porèm havia a*

Humanidades, atada à escravidão do mal. E era mister que a divindade humana fosse amada!

La llovizna lo había cogido desde las dos de la tarde. Tenía un olor en el cuerpo a tierra húmeda, y en sus ojos se veía el verde de un musgo de piedra añosa.

Fue al atardecer cuando se encontró el corro de niños. Como siempre le dieron varias vueltas a su alrededor. Él sonriendo con dulzura, *mis niños...*, mientras sus manos manoseaba los caramelos con envoltorios de todos los colores.

-Os reis magos... luminosa estrela de um ideal... a carne palpitante...

Los niños, esa tarde, se habían de transformar en caballitos de noria y él, el llamado Guimarães, en el eje de sus andaderas circulares. Le entró el mareo, ¡*vin...!*, pero no era el vino, ya que era un mareo distinto.

Guimarães no lo había imaginado así. Lo habría soñado como un mareo doloroso, brusco, negro. Pero éste era un mareo dulce, lento, de color blanco y llovizna transparente como un velo de novia.

Pero seguía su recitado, entre rezo y canto, mientras los niños giraban y él se dejaba ir en manos de las infinitas vueltas. Sentía un mareo dulcificante.

-Es dulcificante... Era un sonho... que os guiava àquela senda...

Apretó los labios, cerró los ojos. Eran ahora los niños quienes cantaban. Y cantaban su soneto. ¿Sería la lluvia? Es que sentía el vientre como empapado. Los niños se le entraban por los oídos, se le iban hasta el alma. Sólo sentía la humedad en el vientre y el coro de voces de color blanco en sus oídos, mientras él seguía dando vueltas, sobre un mismo eje.

Y hubiese seguido así eternamente, girando y girando hasta el absurdo de no ser que el calor húmedo del vientre dejó de ser sentido. El blanco y las voces, y su voz, la suya interior, eran una sola letanía.

-Deus... Deus...